



## La clemencia

Gertrudis Gómez de Avellaneda

*Heureux le Prince empli de pieuses pensés.*  
Victor Hugo

Iba tendiendo su luctuoso manto  
La noche oscura y fría,  
Sin que templase un tanto  
La opacidad de la región vacía,  
El rayo de la luna macilento  
Ni el trémulo fulgor de las estrellas;  
Pues, cual rastro sangriento,  
De un sol de invierno las rojizas huellas  
Surcaban sólo el negro firmamento.

Tristes también las calles parecían  
De la opulenta villa coronada,  
Do circulando multitud callada,  
Sólo semblantes serios se veían,  
Que presentir hacían  
Algún grave suceso,  
Pronto explicado por las roncadas voces  
Que esparcieron veloces  
Por el gentío espeso  
Los vendedores de volantes hojas,  
Gritando por doquier: «Causa y sentencia  
»Del coronel Rengifo y compañeros,  
»Que a los rayos primeros  
»Del nuevo sol terminan su existencia.»

Pasan de mano en mano  
Los públicos papeles,  
Y -aunque no haya quizá pechos crueles  
Que al contemplar destino tan tirano  
Puedan negar a los dolientes reos,  
Víctimas de políticos errores,  
Un suspiro, una lágrima piadosa-  
Siguen los transeúntes sus paseos,  
Su fúnebre pregón los vendedores,  
Y la noche su marcha silenciosa.

Las horas vuelan entre tanto; cesa  
La agitación del mundo,  
Y entre la sombra espesa  
Do el silencio por fin reina profundo,  
Derramando narcótico beleño  
-Que a descansar convida  
De los rudos afanes de la vida-  
Desciende en alas de la noche el sueño.  
Mas, ¡ah!, tan honda calma  
No aduerme, no, pesares sin consuelo  
-Que apenas puede resistir el alma,  
Y en su prisión austera  
Gimen los tristes que el postrer desvelo  
Sufriendo están en el infausto suelo  
Donde el sepulcro abierto les espera.

Vida y vigor devolverá a natura  
La claridad febea,  
Y ellos en la luz pura  
Sólo verán su funeraria tea  
¡Oh! ¿Qué pincel tan fúnebres colores  
Puede tener, que alcance  
A bosquejar siquiera los dolores  
Que así cercanos al tremendo trance  
De cada cual el corazón devora?  
No sólo ve la muerte, la vigilia  
-De espectros creadora-  
Presenta allí la mísera familia...  
La esposa, el padre, el hijo a quien adora!

¡Oh, pobre infante, cuya blanda cuna,  
De la esperanza nido,  
La pérfida fortuna  
-Que oyó propicia su primer vagido-  
Deja con luto de orfandad cubierta!...  
¡Oh, pobre infante, que en el pecho tierno  
Verá la herida abierta,  
Que de su vida con brotar eterno

La senda regará triste y desierta!...

Mas ¿qué puedes hacer, padre infelice?  
¡Fuerza es morir!... Con pavorosos ecos  
    Tu corazón lo dice...

Y esa luz bella -que a tus ojos, secos  
Por insomnio crüel la aurora envía-  
Te lo dice también. Morir es fuerza;  
No esperes, no, que su guadaña tuerza,  
Piadosa a tu dolor, la parca impía.

Fuerza es dejar el hijo abandonado,  
    La esposa desvalida,  
    El padre desolado,  
¡Ay! y a la madre tierna, encanecida  
Por años de virtud. -De esa existencia,  
Que ella ha cuidado con afán prolijo,  
Infatigable amor, santa paciencia,  
¿Qué cuenta le darás, ¡funesto hijo!?  
¿Qué cuenta le darás en tu conciencia?...

    Repentino rumor se eleva y crece  
    En la mansión sombría:  
    Crujiendo se estremece  
La férrea puerta, que ostentar debía  
-Cual la del reino del eterno llanto  
Del rudo Dante la inscripción tremenda;  
    Y trémulos -en tanto  
Que abre a sus pasos la temida senda-  
Los sentenciados, que entre mil dolores  
Por conservarse sin flaqueza luchan,  
Ya los redobles fúnebres escuchan  
Con que a morir los llaman los tambores.  
Llegó el instante, ¡oh Dios! -Pero ¿qué anuncia  
La voz que el nombre de Isabel pronuncia,  
    Mientras cual bella aurora  
-Que las tristes tinieblas desvanece  
    Y a los campos colora  
En la lóbrega estancia que ilumina,  
Tierna beldad de súbito aparece,  
Vertiendo luz de compasión divina,  
Que en sus azules ojos resplandece?...

¡Es ella! ¡Sí! ¡Miradla!... Pura y bella,  
    De sus plantas reales  
    Sienta la leve huella  
De la horrible capilla en los umbrales.  
El ángel santo de piedad la guía,  
La majestad del solio la acompaña,

La siguen a porfía  
Las esperanzas y el amor de España,  
Y huye a su aspecto la discordia impía.  
¡Llega, virgen real! Tu planta imprime  
En la mansión del duelo  
Ejerce la sublime  
Prerrogativa que te otorga el cielo  
Perdona como él, y que la historia  
De los monarcas, con tu ejemplo egregio,  
Legue a tus sucesores la memoria  
De que -al usar tan noble privilegio-  
La diestra augusta que perdón concede  
Recoge en cambio gloria,  
Que a otra ninguna compararse puede.

La tuya, ¡oh Isabel!, la tuya hermosa  
En esos rostros mira,  
Do tu mano piadosa  
Secó el llanto cruel: ella respira  
En esas vidas que arrancó a la tumba  
Tu corazón magnánimo; se extiende  
En ese que retumba,

Víctor inmenso, que el espacio hiende,  
Y aún brilla en el cadalso que derrumba.

La tuya el laurel santo  
No hace nacer con riego  
De hirviente sangre y congojoso llanto,  
Sino de amor al fecundante fuego;  
Y el que la ensalza, sublimado canto,  
No es el que ensayo con humilde tono  
De mi lira en los sonos;  
Sino el que se alza en tiernas bendiciones  
Hasta tu excelso trono.

Feliz en él por dilatados días  
Goza, joven augusta,  
Las santas alegrías  
Del poder bienhechor. La frente adusta  
De la justicia tu piedad suavice;  
Que el rigor nunca la nefanda tea  
De la venganza atice;  
Y justa siempre y perdurable sea  
La voz universal que hoy te bendice.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

